

UNA CONSTELACIÓN FOUCAULTIANA DE LA FEMINEIDAD

PODER Y GÉNERO

Resumen de la Tesis de Maestría presentada al CIDES–UMSA
por Blithz Lozada Pereira*

La tesis muestra cómo el saber sobre la femineidad influye en la constelación del sujeto moderno. Es interesante considerar que mientras la modernidad niega mitos y tabúes, éstos siguen obrando sobre el sujeto.

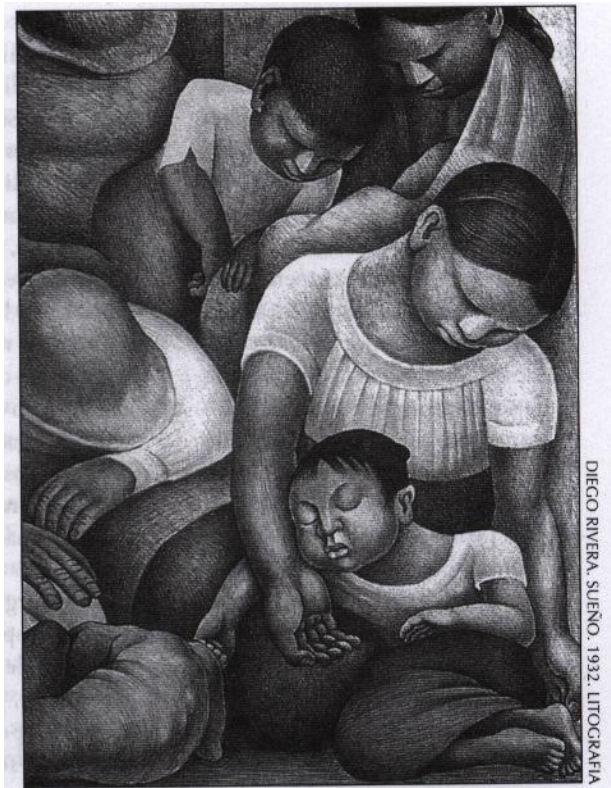
La teoría de Foucault para tal propósito, aparece como una caja de herramientas que permite hacer divagaciones relativas y sofisticadas, contar cuentos y emplear el lenguaje en su más prístino carácter retórico: abriendo cauces de libertad.

La influencia de Foucault para el **feminismo** ha radicado en la crítica a las instituciones patriarcales, en el rechazo a establecer una identidad sexual unidimensional, en forjar los supuestos de la teoría feminista de la ciencia y en la búsqueda de una subjetividad relacional. El desarrollo teórico de Foucault sirve para estimular la resistencia y la rebelión, para socavar el orden social por el nomadismo y para que cada sujeto busque su libertad y autodeterminación por sí mismo. Foucault motiva a cobrar conciencia de los diagramas de fuerza de la existencia y a desprenderse del yo. Frente a la postmodernidad que despliega escenarios que se sobreponen, dominios yuxtapuestos y saberes minoritarios consagrados, Foucault permite ver los micro-poderes multi-operantes, activos y contradictorios, estimulando la resistencia contra-fáctica.

La **resistencia** no requiere conciencia, es una reacción “instintiva” que despierta la imaginación omni-lateral, la construcción irresponsable, el éxtasis del yo, el cambio del mundo y el rehacerse del sujeto. Resistir es criticar las totalizaciones, insistir en lo local y genealógico; es mostrar cómo los regímenes de verdad crean efectos de poder, es ser parte de cualquier movimiento *contra* la “ciencia” que forma, clasifica, examina y entrena a los sujetos. En la mujer es más frecuente una “resistencia táctil”, vinculada a la piel, la erotización del cuerpo y la multiplicidad de expresiones de los gestos de la intimidad, en la complicidad y la solidaridad.

En la **modernidad** hay inequívocos rasgos de las tecnologías del yo para las mujeres: les asignan roles especiales, se instituyen saberes de normalidad y funcionalidad y se advierte la importancia política de constituir la femineidad. La modernidad rompe la androginia del sujeto, controla los deseos, valora la heterosexualidad y prohíbe la pederastia. Desde el

helenismo hasta ahora, la mujer es lo otro en relación al sujeto varonil, patriarcal y falocrático; es un ser agonístico frente al cual el varón lucha por afirmar su masculinidad, es el símbolo de la división de lo público y privado y señora de un poder anclado en el reino doméstico de la familia, el matrimonio y el bienestar. Con la influencia del cristianismo, la **mujer** ha desaparecido del acto sexual, se ha construido una femineidad normalizadora y homogenizadora que enfatiza el pecado del deseo y ha sido ratificado que la verdad de uno mismo radica en la verbalización de su sexualidad.



EL PODER PARA FOUCAULT: CAPILARIDAD RETICULAR

El **poder** circula como red que atrapa al sujeto en la capilaridad celular. El sujeto por una parte, tiene fuerza activa proveniente de esta red (para observar, comparar, vigilar, someter y realizar prácticas discursivas), y por otra, tiene fuerza reactiva (que repele tal circulación). Que el poder *territorialice* significa que crea espacios en el cuerpo social, difundiendo la dominación. Esto es posible en la medida que acota “campos”, permite “deslizamientos” y fija “suelos”, “regiones” y “horizontes”.

Un **ejemplo de campo** es la constitución del Estado moderno sintetizando el poder pastoral con la razón de Estado. Esta última implica la totalización que es preeminente frente al poder pastoral que individualiza. En la modernidad el campo del Estado erige por una parte, instituciones de secuestro (de formación: escuelas, cuarteles, universidades, iglesias y el

hogar; de reformación: prisiones y hospitales; e instituciones de trabajo). Por otra parte, el Estado abre los escenarios habituales para detectar cualquier transgresión.

Un **ejemplo de desplazamiento** del poder es la constitución, en el siglo XVIII, de la *bio-política de la población* a partir de la *anatomo-política del cuerpo* formada en el siglo XVII. Esta bio-política como regulación de la salud, la alimentación y la vida, representa la invasión del bio-poder sobre la cotidianeidad del sujeto, invasión que integra la dimensión jurídica con la administrativa y la médica. Tal desplazamiento ha continuado y se ha cristalizado en el siglo XIX con el saber que “histeriza” el cuerpo de la mujer (asumiéndolo saturado de sexualidad), “pedagogiza” el sexo del niño, “socializa” la conducta procreadora y “psiquiatriz” el placer perverso.

Un ejemplo de cómo el poder fija “suelos”, “regiones” y “horizontes” es la ruptura de la *clínica* en el siglo XVIII respecto del XVI y la continuación de su horizonte en los siglos XIX y XX. La clínica como saber y poder médico (los signos hablan, los síntomas significan y la percepción es fundamental), rompe en el siglo XVIII con la *medicina de las especies* vigente hasta entonces. Desde ese momento existirá una evidente continuidad del horizonte con la *anatomo-patología* del siglo XIX (hay simultaneidad de signos, la percepción es relevante, aunque pueden darse datos no significativos) y la *anatomo-clínica* del siglo XX (realizada en la fertilidad combinada de ambos “suelos”).

Foucault abre varios **horizontes de visibilidad** para tratar el poder como totalidad extendida en general, en el cuerpo social; en tanto que en lo particular, se aplica sobre cada célula. Las **tecnologías políticas** aúnan en una realidad histórica dada, las prácticas discursivas con los aparatos, siempre de manera tensa, sincrónica y contradictoria. Tales tecnologías se realizan en las instituciones, las maquinarias, los discursos, las exclusiones y las relaciones, pero también en las prácticas, los deseos, los pensamientos y las formas de vida que el sujeto lleva adelante.

Que el poder sea **capilar** significa que se desplaza en las células de la sociedad, convierte las partes en apéndices y permite una dinámica intensa en las extremidades, de manera pluriforme y ramificada; dinámica dada entre las tecnologías y el sujeto. Sin embargo, en estas terminaciones se activa la resistencia que aparece frecuentemente como pensamientos críticos, sentimientos no manipulables, deseos des-estructurantes y acciones intolerables.

El poder no se centra exclusivamente en el Estado, tiene varios centros en los aparatos sociales y en la **microfísica**. El encierro psiquiátrico, la normalización del individuo y el funcionamiento de las instituciones penales, constituyen una microfísica actual de carácter panóptico que transparenta el cuerpo (mediante la vigilancia, los exámenes, el control y los espectáculos), y un sistema carcelario que lo disciplina (en las instituciones de secuestro que forman, reforman y corrigen). La época actual es el resultado de la época clásica anterior y ésta ha devenido de un largo proceso de rupturas y continuidades; los análisis foucaultianos son en este sentido, particularmente esclarecedores para comprender las instituciones penales y las transformaciones de la noción de locura.

Para considerar la resistencia como el revés del poder, como la acción que lo des-territorializa y erige nuevos sujetos (por ejemplo, presos, homosexuales, enfermos y mujeres); para ver cómo surge en microniveles de la existencia cotidiana; es simbólico tratar el tema de la enfermedad mental. Foucault cree que esta enfermedad, como se la ha tipificado, expresa una reacción generalizada y radical en contra de la normalización y la figura del amo. Amos son el maestro, el patrón, el padre, el juez, el filósofo... Premian y censuran, permiten y prohíben, complacen y medican, estimulan y encarcelan, refuerzan y vigilan, aplauden y castigan. En la época moderna, la normalización señala campos de comparación, diferencia medias y tendencias, jerarquiza por cuantificación, homogeniza y excluye: tal su mecánica.

MICROFÍSICA DE LA RESISTENCIA GINECO-MÓRFICA

La tesis constela al sujeto disponiendo una **arquitectónica** de la *genealogía de la femineidad*, la *arqueología del patriarcado* y la *microfísica del poder* sobre el cuerpo de la mujer. El poder que la época moderna ejerce contra las mujeres es “activo” porque organiza la subjetividad, es “diverso” porque invade los ínfimos resquicios del yo y es “reflexivo” porque las mujeres lo reproducen; además, está alojado en las instituciones circulando a través de los cuerpos. En el **yo** se forma el querer, sentir, pensar, actuar y comprenderse según arquetipos; éstos siguen una genealogía que está condicionada por los cambios en los procesos sociales, las instituciones y los saberes.

La **arqueología del patriarcado** establece un saber objetivo y estructurado sobre la visión del mundo que asume la superioridad del varón. El patriarcado se concreta en el sistema familiar, social, ideológico y político; se realiza en símbolos, ritos y tradiciones, se transmite por la educación; se activa por el inconsciente; se plasma en el imaginario colectivo y se precautela con las leyes.

La **microfísica del poder** sobre el cuerpo de la mujer se realiza como poder *capilar* que establece relaciones patriarcales. Si bien estas relaciones se hacen y rehacen histórica y socialmente, se puede establecer algunas constantes que tienen que ver con el pliegue genérico, los estratos patriarcales y los substratos matrísticos de la subjetividad, aspectos que involucran también a la zona de las instituciones estratégicas y al entorno como campo de lucha. El *pliegue genérico* es una **bolsa de energía** que insufla fuerza proveniente de los estratos patriarcales y de los substratos matrísticos. El sujeto obra en los múltiples campos de lucha de su existencia. Estratos y substratos son los componentes patentes en la constitución de hombres y mujeres como sujetos.

Los *estratos patriarcales* permiten una acción rectora de carácter falo-crático, logo-céntrico y legaliforme. Proveen al sujeto de energía activa para crear leyes, imponer un orden racional al mundo y expresar la verdad; pero también permiten cosificar, nombrar y transformar la naturaleza creando la ciencia y la tecnología.

Estos estratos cristalizan el poder de la palabra revelada, del conocimiento como maquinaria de guerra y de las imágenes convertidas en ideología; sus símbolos son el

abordaje y la penetración, la conquista, la posesión, el mandato y el control del dolor, entre otros. Los *substratos matrísticos* son ambiguos porque dotan al sujeto de la energía de la madresposa gineárgica y filio-céntrica, pero también le proveen de fuerza para la conducta voluptuosa, logo-maniaca y caotiforme de la hembra. Se trata de una energía reactiva de soporte al patriarcado, de subordinación al macho; aunque también de la energía que puede convertirse en resistencia.

Como energía reactiva, los substratos matrísticos, reúnen en el pliegue del sujeto, una energía que se expresará en “reacciones” ginecomórficas frente al patriarcado. Estas reacciones muestran un cuerpo para ser conquistado, abordado y colonizado; además, permiten la autopercepción del yo como una mercancía adquirible y territorializable. Patentizan finalmente, en el sentido antes señalado, un extrañamiento alienígena, reproduciendo la imagen de la madresposa fiel, abnegada, sensible, sumisa, obediente y esperanzada. Cuando esta energía da paso a la fuerza oscura representada en el poder de la mujer de gozo sibarita y voluptuoso, de sexualidad exuberante y desenfadada; cuando se activa en el seno de la reacción al patriarcado, el espíritu sediento, la seducción, el caos y la invitación a la transgresión; entonces la energía reactiva se convierte en resistencia y en energía activa.

Foucault habla del **discurso de la guerra de las razas** señalando que permite entender a la sociedad basada en la guerra; este discurso deslegitima el poder soberano, motiva a la revuelta y permite realizar los intereses subalternos en base a una visión diádica y contradictoria de la realidad. Cuando las mujeres ven el mundo de esta manera, su energía reactiva de soporte se convierte en contrapoder de resistencia, dándose la posibilidad de que se plasme en la **energía activa** del feminismo. Viendo las relaciones de género como una guerra de sexos, hubo una afirmación del sujeto subalterno. La genealogía del feminismo, tanto en la larga duración (s. XV), como en la periodización corta (la etapa clásica de los años 40), muestra que la afirmación política, social e ideológica del subalterno erige aparatos de poder, consagra saberes e instituye nuevos actores en el teatro de la historia, necesariamente con energía activa.

Los **estratos del patriarcado** no se ejercen sólo contra las mujeres, sino contra el sujeto dominado en el plano racial, social y estamental. La opresión racial la ejerce el *padre minoritario* de múltiples formas en el mundo de hoy, su expresión extrema fue el racismo de Estado; como tal, este nivel es el de mayor solidez en la subjetividad activa. En oposición a esto, el nivel de opresión de castas, ha sido “superado” históricamente gracias a la emergencia de la burguesía y a la ruptura del poder soberano. Entre ambos niveles extremos de la subjetividad se encuentran la *opresión social* y el nivel de *opresión genérica*.

La energía activa en contra de la primera se ha realizado en las revoluciones socialistas (que transcriben socialmente la “guerra de las razas”); en tanto que en contra de la opresión de género, el feminismo ha luchado por derrocar la superioridad machista. La opresión de género está cerca a la racial, y por tanto su “superación” es tanto más difícil como la de aquella; por lo demás, las revoluciones socialistas no han realizado las expectativas y posibilidades de humanización de la historia que de alguna forma se les abrían, optando en

cambio por políticas extremas. Pese a los logros del feminismo, el patriarcado sigue siendo un saber triunfante, por lo que es necesaria su *arqueología*. Hay un modelo que permite establecer la estructura del patriarcado, un modelo que contrapone paradigmáticamente la cultura matrística con la patriarcal, pero que idealiza el poder. Varios autores piensan que ha existido un momento

de la humanidad en el que el matriarcado permitía tener una comunicación sagrada con la naturaleza, anulaba el yo individualizante y permitía una organización social armónica, protectora del sujeto y plenamente humana. En cambio, con el patriarcado se habría introducido la desconfianza, el abuso, la subordinación sexual de la mujer, la agresión, la lucha y la competencia.

El patriarcado fijó las relaciones sociales en base al dominio, el crecimiento individual, la jerarquía institucionalizada, la violencia y el fanatismo. Sin embargo, si se acepta esto se restringen las posibilidades para explicar la génesis del poder político, incurriendo en una petición de principio. Foucault establece que el poder moderno es la síntesis de la individuación y la totalización, muestra al pastor como ordenador, salvador del rebaño, pero también como su protector abnegado; el pastorado se funda en atávicas relaciones matrísticas.

Mientras la **razón política** fue la explícita afirmación de un patriarcado que totalizó la multitud; el **poder pastoral** surgió cuando el pastor se vistió con ropajes de madre. Siendo que la modernidad instituye estas dos formas, pese a la preeminencia de lo político propiamente dicho, no se puede entender el poder moderno sin pensar el componente matrístico, expresión ejemplar de esto es la ideología del Estado de bienestar.

La lectura de Freud muestra la permanencia de una imagen atávica: el macho poderoso tiene hegemonía sobre las hembras, los hermanos odian al padre, lo asesinan y se establece posteriormente un “contrato” que prohíbe el incesto. A partir de esto es posible fijar el **principio psicológico del matriarcado**: sobre el poder del macho, la culpa y la prohibición, aparecen los rasgos de la madre, la matri-linealidad y la matri-focalidad.

Que entre divinidades femeninas surja la figura de acompañantes masculinos, quienes desplazan a la madre, significa la posterior imposición del patriarcado. Si el poder doméstico de la mujer está asociado a la conciencia de que ellas son el objeto de deseo capaz de desencadenar el crimen, entonces las mujeres convierten su energía **reactiva** de soporte del macho, en energía **activa**, gracias al detonante del *resentimiento*. Así surge un feminismo asociado con el complot, la homosexualidad y la muerte. Si el contrapoder en la esfera privada se articula con la culpa por el crimen del macho poderoso, entonces la mujer mantiene su energía reactiva e instaura el modelo mariano dándose la disolución de la resistencia.

Nietzsche permite, por una parte, descubrir la idealización de la cultura matrística como un modelo que sustantiva a la madresposa y, por otra, hace posible sintetizar la influencia filogenética de la mujer. Foucault dice que Hobbes sólo se representa la guerra, en cambio para Nietzsche existe un eterno movimiento de lo activo y reactivo, lo que significa que la

sustancia filosófica de la acción humana individual y colectiva es la voluntad de poder. No es que el lobo sea dominado; por el contrato, existe y persiste a lo largo de la historia en la humanidad: es el hombre mismo. Si bien la reproducción de emociones matrísticas se da por el favorecimiento de condiciones económicas, hubo una compleja naturaleza que dinamizó el tránsito del matriarcado al patriarcado.

De acá que algunas demandas feministas dejen escuchar apenas el clamor de licencia para poder *depredar*. Que el hombre y la mujer sean *lobos* implica que pueden travestirse en pastores, que recurrente e invariablemente encontrarán en la guerra y en la política, los momentos fundacionales de todo orden posible y que las regulaciones sociales apenas pueden esconder la sanguinaria voracidad lúpica de las ovejas, en tanto que el depredador siempre queda expuesto debajo de la piel ovejuna. El matriarcado es al pastorado lo que el patriarcado es a la “razón de Estado”. La ambivalencia de la madre, entre el complot y el crimen por una parte, y la culpa por otra, ha permitido que el pastor se vista con ropaje de madre, por ejemplo, en la Iglesia. Acá el pastor somete al macho poderoso y pone fin a un estado de violencia.

La actitud patriarcal activa se ejerce sobre los grupos étnicos discriminados, sobre la cultura de las minorías oprimidas, sobre los otros racialmente distintos, la mujer y los intolerables, insanos, infames y deleznable. Por muy acorde que sea la energía reactiva en este **diagrama de fuerzas**, y por mucha energía matrística que se transmita a la imagen del *pastor-rey*; el ejercicio del patriarcado no puede evitar el surgimiento de la resistencia como una desviación de la voluntad activa.

Desde los **estratos patriarcales** más profundos, el estrato racial y genérico, hasta el más superficial, el de castas, y a través del estrato clasista, afloran sedimentos matrísticos que evocan la ambigüedad de la madre; son las cristalizaciones en el imaginario colectivo que permiten destruir las castas, suponer la inexistencia de las diferencias sociales, creer en la igualdad de los géneros y presumir la semejanza entre las razas. En estos aglomerados radica la posibilidad de una síntesis política de *omnes* (la totalización) y *singulatim* (la individuación), es decir, de las fuerzas genéricas de la razón patriarcal del Estado, y del pastor matrístico, respectivamente. Tal, el **proyecto de equidad** sin hegemonía ni supremacía.

THEATRUM GINECOLOGICUM

Foucault dice que la filosofía no es el curso apoteósico de la razón humana hacia la meta de la verdad absoluta, sino un teatro con cuadros dramáticos y cómicos. La *filosofía* es el teatro pluri-escénico que no disuelve el yo y que repudia la diferencia, la estulticia, lo anómico e irregular. Sin embargo, como teatro, es sólo un simulacro de realidad, de apariencias fantasmáticas y de ídolos instantáneos. La verdad de la femineidad no es un saber por acumulación. Apenas es otro teatro más, el teatro en el que la *microfísica de las relaciones patriarcales*, la *arqueología de la subjetividad* y la *genealogía del feminismo*, ofrecen el espectáculo de sus propias vedettes y muestra los fantasmas, las manías y las fobias que como telones de fondo, se despliegan en el inconsciente colectivo de las mujeres

para realizar sus roles: se trata del *theatrum ginecologicum*. Aunque no hay una identidad unívoca de género, aunque “ser” mujer sea aleatorio personal y colectivamente; aunque esté condicionado por los saberes triunfantes de la época; obran, ahora y siempre, algunas imágenes recurrentes que hacen que cada sujeto fluya a muchas partes dentro del cautiverio de ser madresposas, putas, monjas, presas o locas.

En la modernidad, sigue siendo la confesión, la principal *tecnología del yo* en la cultura occidental; se trata de que el sujeto averigüe la verdad sobre sí obrando contra él mismo y siendo su propio testigo de cargo. El origen de esto radica en la filosofía estoica y particularmente, en la *ascesis* de castidad del cristianismo. El cristianismo centra el problema de la verdad de uno mismo en la confesión del pecado, es decir, en hablar sobre el **sexo**. Tal verbalización hace posible relacionarse consigo mismo poniendo al sujeto en el foco de la mirada de otro y convirtiéndolo en objeto para que se transforme. Desde su origen, la confesión es *andro-céntrica*; en ella la mujer juega un papel virtual, especular y subsidiario.

Pese a que la presencia de la *mujer-madre* es recurrente e inevitable en la historia, el **theatrum ginecologicum** tiene por protagonista al varón. El varón representa el centro, constituyéndose a sí mismo en el laberinto de su existencia. La construcción de la masculinidad se da en oposición al *objeto femenino*, ubicuo pero subalterno: el varón se hace **con** y **contra la mujer**. Desde el siglo V de nuestra era, el matrimonio es un hecho público que permite la realización de la mujer. Es expresión de la unión libremente consentida y está regulado por el principio monopolístico del sexo, la exigencia de deshedonización y la finalidad procreadora.

La *arqueología de la subjetividad* establece que la mujer es lo otro, gracias a lo cual el varón se hace; su ser radica por lo tanto, en ser para otro, inclusive dentro de la estética de los placeres compartidos. Que el varón dé imagen y voz a la mujer significa que se activan según las particularidades de cada época y cultura, las formas atávicas por las cuales las mujeres son el coro, las bailarinas, las damicelas y el personal de reparto en los actos del **theatrum ginecologicum**. Existen muchas figuras y voces que conforman cuadros, gestos, identidades, acciones y modos de ser; sin embargo, podemos establecer una taxonomía básica en lo siguiente:

El varón no puede pensarse como un **ser andrógino**. Desde el relato bíblico de Adán y Eva se ha establecido la discreción de la identidad genérica. Que en la tradición judía haya desaparecido **Lilith** significa que había que exterminar el peligro de una posible igualación de la mujer al varón, y había que anular la representación de un componente psíquico andrógino. También en este relato se establece que la mujer que quiera igualarse a “su” hombre se expone a su realización sea negada, privándola de la maternidad. Así, no le queda otra opción de felicidad que ser parte de un hogar patriarcal.

Inclusive hoy, aparte de la maternidad como horizonte de realización, el patriarcado ha fijado que no existe **ser** de la mujer, si éste no ha sido verbalizado y asentido simbólicamente por “su” hombre. Las consecuencias del peligro de la **androginia** son harto conocidas por el imaginario occidental asentado en la tradición judía: contra la filosofía de

la semejanza opuso el diferencialismo, contra la androginia psíquica, la discreción sexual; contra el politeísmo báquico, el monoteísmo rector; contra las divinidades demiúrgicas, el creacionismo logocrático; contra la ociosidad, la paternidad omnisciente, y así sucesivamente...

El varón y la mujer deben saber que el lugar donde radica el mal está en las pulsiones femeninas. La humanidad ha adquirido desde el relato de Eva en el Génesis, congruente con muchas tradiciones de mitos de origen similares, la conciencia de su condición pecaminosa. Por transgredir la prohibición se ha precipitado la caída y la condena. La representación edénica incluye una “minoría de edad” indefinida y la sujeción al principio de realidad; toda desobediencia es soberbia luciferina y la mujer es la causa, meta y mecanismo que activa el pecado de pretender igualarse a Dios. **Eva** en la Biblia representa los roles, el estilo de vida y las emociones de la femineidad en el imaginario judeo cristiano. En este relato hay tres momentos significativos en la distinción óptica de la mujer a través de Eva: la serpiente acude a ella, Dios “generiza” su castigo y, finalmente, adquiere identidad sólo cuando Adán le da un nombre.

El primer momento muestra que la mujer es vista como alguien que no condena taxativa ni definitivamente, ningún acto inmoral, mucho menos si esto involucra a quienes considera los *suyos*. Su tendencia es procurar la conciliación, su propósito es expresar plenamente sus emociones, su búsqueda es la de ser cómplice y eventualmente ante la adversidad, jugar el rol de consoladora. Que Dios “genere” su castigo significa que subordina a la mujer a la voluntad activa del varón y que la hace más permeable a las emociones intro-punitivas (temor, tristeza, culpa, vergüenza, ansiedad y pena entre otras). La subjetividad de la mujer busca retorcer su *self*: conoce los dolores de la humanidad y ve su horizonte paradójicamente constituido en la felicidad de traer un nuevo ser al mundo. Eva existe como mujer sólo después de que Adán le da un nombre reconociendo en ella la hembra con quien puede copular; esto significa que la mujer existe sólo en cuanto es pareja del varón en un mundo hostil y en cuanto se constituye como madre de sus hijos.

Sin embargo, tiene mayor potencial para la transgresión precisamente en cuanto la creatividad, la intuición, el pensamiento analógico y la capacidad relacional, son más frecuentes e intensos en la mujer que en el varón. La humanidad debe saber que la decadencia de una bienaventuranza primordial y de un mundo edénico, hasta la realidad en la que vivimos, se ha dado porque la mujer ha esparcido los males sobre la tierra. Tal, la imagen de **Pandora** en el imaginario griego, congruente por lo demás, con la figura de Eva. El reino de Zeus se asocia con el orden político, con la razón patriarcal y el poder falocrático. Que Zeus haya castrado a Cronos implica el deseo de eternizar un orden que por ejemplo, bajo la forma de la *polis* y el *oikos*, instituya el dominio del varón permanentemente. Que los hombres no entreguen tributos a Zeus y sean eliminados por esto, metaforiza la justificación de la represión estatal en contra de la resistencia política. Que aparezcan los héroes en contra de la tendencia decadente de la historia, significa que el patriarcado instituye su poder en una matriz matriarcal: el héroe es otra imagen del “pastor-rey” que cuida de los suyos. Finalmente, el fuego que Prometeo roba representa el saber político, es el secreto de regular patriarcalmente el orden en base a la combinación del consenso y la coerción.

Pandora, la primera mujer, es la expresión griega de la “bella calamidad” que ésta significa para el varón. Pandora constela de una determinada manera la subjetividad femenina. Vehiculiza el mal en la tierra, evoca la seducción, ella “da todo”, es el emblema que juega y el sexo como adorno; pero también es el cuerpo como pura apariencia que se adhiere al deseo de otro, y la belleza ritual y cosmética que obnubila. Pero sus consecuencias son fatales: hace que aparezca entre los hombres el vicio, la locura y la pasión, representa la imposibilidad de que los varones realicen su vocación beatífica; en tanto que lo que corona su imagen es la holgazanería, la maledicencia y la maldad.

Una versión más reciente de Pandora y Eva son las **brujas**. Ellas constituyen el fantasma expiatorio que reprime un saber emergente: el saber vinculado con que las clases oprimidas comiencen una práctica discursiva contraria a las regulaciones del poder político. Lo que Foucault señala como paradoja de la Iglesia, es una paradoja que se repite en la historia. Primero la Iglesia señaló a las brujas como expresión y fuente del mal, inclusive de la enfermedad; después exigió un positivismo médico que secularizara todo, pero esto terminó por establecer que incluso la experiencia religiosa es un fenómeno psíquico. Igual resultado se presenta en relación al ámbito político: el patriarcado no es un *constructo* que pueda quitarse o colocar cuando mejor convenga.

Ariadna es la cuarta imagen en la constelación de la subjetividad femenina, ella evoca el amor romántico y su revés dionisiaco. Que Foucault haya reelaborado el mito griego significa que se ha dotado de su propia narración fantástica que le permita constituir su *yo*. Al señalar Foucault que Ariadna muere enredada en su hilo, anticipa que el destino cobra de la forma más incisiva y cruel, el costo de hacerse y vivir según lo que cada cual cree que vale la pena. En el caso de Foucault, el costo significó la particularidad de su propia muerte. Zeus es al poder político lo que el Minotauro es a la represión del Estado, el primero es el instigador de una creatura monstruosa. El laberinto representa los vericuetos de la existencia humana sobre la que se ciernen las sombras acechantes del orden y la regulación. Cada sujeto tiene su propio laberinto en el que transcurre su conformación; sin embargo, como Dédalo, puede evadirse de él si tiene el valor de poner en juego lo máspreciado de su vida. El hilo es el arma doméstica de la mujer que representa su influencia en temas públicos, siempre desde el confort y el placer privado.

Que Ariadna sea también el complemento de Dioniso significa que el amor romántico e instantáneo frente a Teseo, el héroe; el amor profundo que renuncia y sacrifica, tiene un revés: la vida dionisiaca en otro mundo y ante otros dioses. Que Ariadna haya sido resucitada por Dioniso refiere la embriaguez ritual, las licencias ilimitadas, la acción vívida y creativa, y la liberación de los instintos en el descarrío y el éxtasis; se trata del lado oscuro de toda mujer, siempre temido y anatémizado. Finalmente, que Ariadna haya guiado a Teseo por el laberinto refiere la idea del rol, inclusive de dirección, que la mujer puede tener, fomentando, impulsando y decidiendo en los momentos de irrupción, sobre lo que podría ser un nuevo orden político. El toro es por excelencia, el símbolo fálico, brioso y posesivo. Además es símbolo de la exclusividad del poder sexual de la masculinidad, del interés orgásmico del varón en el coito, del poder del padre y del placer por el falo; tal, el saber secreto de la masculinidad y del poder patriarcal. Finalmente, el orgasmo tiene un

ideal taurino que se realiza en la seducción y posesión bestial. El cuadro de las **amazonas** permite cerrar el ciclo de Ariadna y Teseo. Ellas representan el peligro para el orden patriarcal y falo-crático, evocan el matriarcado y la posibilidad pronto destruida en el imaginario griego, de que la mujer puede ser también guerrera y auto-determinativa.

EPÍLOGO

El **epílogo** de la tesis es un remanso para volver a empezar, se trata del descanso para representar otro personaje en el **theatrum ginecologicum** en el que cada sujeto sale a la escena de su propia existencia. Igual que la identidad genérica no se adquiere de una vez por todas, sino que se va haciendo; el epílogo de un ciclo es la dinámica de fuerzas activas y reactivas para llevar a cabo otra representación de acuerdo a las nuevas circunstancias históricas que constelan la subjetividad. Que el yo cuestione su estatus, que quiera ser diferente y que diluya su identidad, que el sujeto luche contra el gobierno de la individualización y que pueda convertir la capilaridad del poder en fuente de resistencia, rechazando la colonización de su propio cuerpo; para Foucault es la manera como cada cual lleva adelante una existencia que vale la pena vivir.

Que las **mujeres** sean menos obceadas e intransigentes en relación a sus principios, pensamientos, gestos y guiones, que hagan libres asociaciones y que vean la vacuidad de la existencia, les permite transitar más líneas de fuga que al varón. Si bien el feminismo ha logrado sus mejores éxitos, hoy día el patriarcado sigue siendo patente y opresivo; ante tal escenario, la subjetividad femenina tiene el reto de constelarse libremente en el **theatrum ginecologicum**, afirmando la voz de las actrices que tengan el valor de levantarse y resistir; el mundo exige que lo hagan.